

SERGIO CORTELLA, M. (2017) *Escuela, docencia y educación. Nuevos tiempos, nuevas actitudes*. Madrid, Narcea.

La sociedad vive actualmente inmersa en una vorágine de cambios cada vez más veloces, una sociedad caracterizada por la inmediatez y la volatilidad que afecta de lleno a todos los ámbitos de la vida. Esta casuística se ha visto fortalecida con la presencia de las tecnologías de la información y la comunicación y los nuevos medios digitales, que nos permiten estar conectados a la información en todo momento. Es un hecho que estamos ante un momento delicado para el panorama educativo actual, que ha de abordar la emergencia de múltiples paradigmas, de reflexionar sobre la práctica del docente dentro de la educación y sobre la forma en como construimos la educación. Y es que, en un mundo en constante transformación, los docentes estamos en el siglo XXI, nacidos en el siglo XX, usando métodos que venían del siglo XIX, propiciando que la escuela de hoy se haya hecho menos interesante y ocasionando que muchos docentes se sientan desorientados en la práctica educativa.

Situándonos en este contexto, el autor nos invita a repensar la educación, abordando los principales problemas y temas de discusión educativos y pedagógicos. A lo largo de 14 capítulos, el autor incita a la reflexión a través de citas de importantes pensadores y teóricos procedentes de diferentes áreas de conocimiento como Umberto Eco, Paulo Freire, Clarice Lispector o Francis Bacon, entre otros, y nos traslada la importancia de atender

a los nuevos paradigmas que escuela, familia, docencia y educación han de atender para vivir acordes a la realidad existente.

En lo que respecta a la educación, se plantea la necesidad de atender a los cambios cada vez más veloces que caracterizan a nuestra sociedad y, para ello, el autor indica que la educación precisa de establecer sus bases en tres pilares fundamentales, como son: una sólida base científica, la formación en solidaridad social y la construcción de una ciudadanía activa. Pero estos pilares no servirían de mucho si seguimos adoptando los modelos educativos heredados del siglo XIX, para ello, propone tres caminos para el éxito: la generosidad mental, o enseñar lo que se sabe; la coherencia ética, es decir, practicar lo que se enseña, y la humildad intelectual, preguntar lo que se ignora, solo así, podremos comprender la educación en el siglo XXI.

No podemos hablar de educación y dejar de lado la fuerte crisis de algunos valores esenciales que la sociedad sufre actualmente y que afectan de lleno a la praxis educativa. La distorsión entre el deseo y el derecho han provocado una deformación del valor del esfuerzo, siendo una de las cuestiones más serias hoy en día dentro del trabajo escolar, pues la primera figura que exige esfuerzo y disciplina a niños y jóvenes es el docente. Esta crisis sitúa en el punto de mira el rol que la familia juega en la vida de niños y jóvenes. La relación de convivencia en los hogares se ha alterado por varias razones, por un lado, la vida familiar se ha reducido a pequeños espacios de tiempo, sustituyéndose por la vida en madrigueras,

palabra que el autor utiliza para hacer alusión a la enorme cantidad de tiempo que niños y jóvenes pasan en solitario en su habitación en contacto con la tecnología. Y, por otro lado, el hecho de que los padres se ausenten cada vez más de pasar tiempo con sus hijos por motivos laborales hace que concedan las demandas de estos últimos para compensar su ausencia, provocando una crisis en el mencionado valor del esfuerzo.

En este sentido, la escuela del siglo XXI juega un importante papel, tiene que comenzar por establecer una estrecha colaboración con las familias y conseguir orientar en la misma dirección a padres, madres y docentes a través del proyecto pedagógico de la escuela. Para ello, tiene que superar la dificultad que esta institución presenta a la hora de enfrentarse a cambios acelerados, pues trabajar con personas implica atender la multiplicidad de cambios que se producen en el entorno y que alteran la vida de estas.

La escuela no debe dar la espalda a nuevas realidades, nuevos paradigmas que nos indican que los alumnos han cambiado; así, el autor plantea la importancia de los cambios en la capacidad de atención y concentración de las nuevas generaciones, y el cambio en la concepción de un buen docente a través de la humildad pedagógica. El docente no es aquel que ya sabe todo, que no necesita aprender más, sino que solo es buen enseñante quien es buen

aprendiz. La relación de estos paradigmas presentados en el texto viene propiciada por uno de los cambios a los que atender con mayor urgencia, el camino hacia la integración, que no adaptación, de las nuevas tecnologías al espacio educativo. Se hace necesario abandonar los espacios arcaicos, alejados de la tecnología y del trabajo colaborativo que predominan en parte del panorama educativo actual y cimentar una actitud y concepción pedagógica que atienda a la tecnología no como una herramienta, sino como una nueva comprensión de la vida, pues la tecnología forma parte de nuestro día a día.

Finalmente, el autor destaca la gran dedicación e importante labor que cumplen los maestros en nuestra sociedad; el educador, la educadora, es un compartidor de ideas, deseos y esperanzas.

En síntesis, nos encontramos ante una lectura que arroja importantes reflexiones en el panorama educativo y pedagógico actual, que atañe a todas aquellas personas que se dedican a la docencia en el siglo XXI.

En una sociedad de cambios veloces con una aceleración de los modos de pensar, hacer y convivir el docente más apto es aquel que tiene flexibilidad, una virtud fundamental para el trabajo pedagógico. A nuevos tiempos, nuevas actitudes.

Judit Martín Lucas